

COSAS DE LA APERTURA

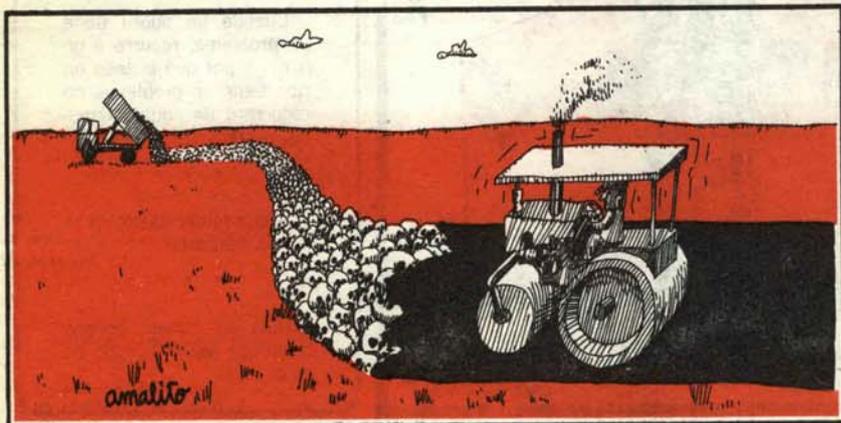
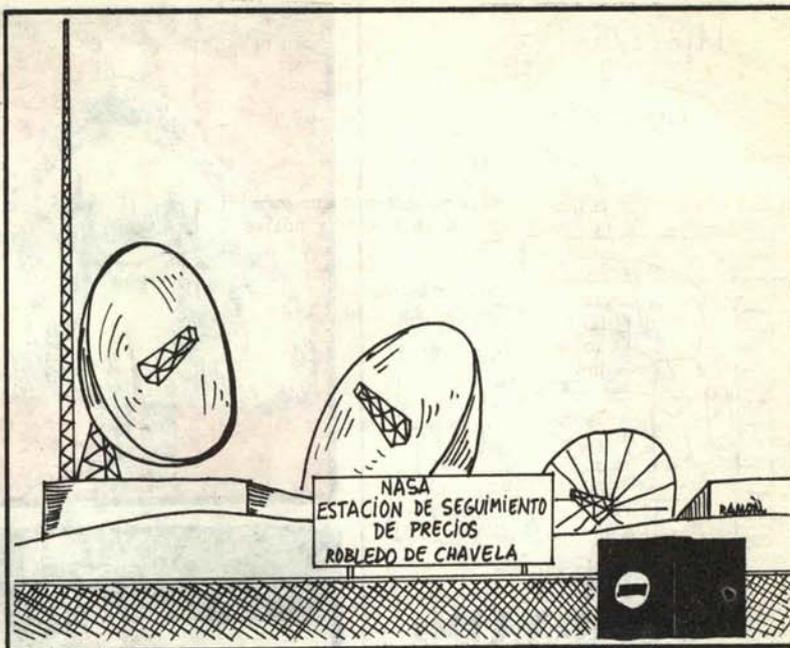
Para paliar los efectos desmadrados de la apertura disfrutada por gentes sin moral ni preparación física, que en el segundo tiempo ya están exhaustos, un industrial ha sacado a la venta unas máquinas de escribir especiales que han sido muy bien acogidas por los que dan acogida a estas cosas.

Las máquinas en cuestión tienen una particularidad: su conciencia recta y cabal. Y cuando son utilizadas por individuos que carecen de ella, toman sus medidas. Si por ejemplo un periodista comienza una feroz crítica destructiva a los estamentos, la máquina deja de escribir en el acto, solidarizándose con los que le til-

dan de canalla; si el periodista insiste en sus diatribas, la máquina por sí sola —para lo que previamente ha sido aleccionada— se pone a glosar las realizaciones del sistema y la firmeza de sus estructuras; si por tercera vez el periodista teclea párrafos izquierdosos, la máquina hace uso de su brazo oculto propinándole al escritor una sonora bofetada que le hará abandonar sus intenciones malévolas.

Hacia falta una máquina que pusiera un poco de orden en este caos de libertades que el aperturismo ha desencadenado entre los que no están ni estuvieron jamás aptos para respetar al prójimo.

CALVINO



HERMANO LIBRO

EL libro se inventó mal: en lugar de estar hecho de papel, debería haberse inventado de una materia ignífuga. Al mismo tiempo que el hermano libro se inventó el quemalibros. Busque usted en la B de su Enciclopedia, busque el capítulo referido a la hermana biblioteca: «El saqueo de Roma por los vándalos determinó la destrucción de las bibliotecas por los vándalos...». En la biblioteca de Constantinopla «muchos de sus volúmenes fueron dispersados y otros quemados por fanáticos...». ¡Ay, la de Alejandría! «No se incendió durante la visita de César, aunque tal vez se destruyeron unos 40.000 volúmenes. Logró sobrevivir a muchas insurrecciones (...) y tampoco fue incendiada por los cristianos (...), pero finalmente fue destruida por Amr Ibn el As durante la conquista de los árabes». Los españoles tenemos el honor de haber dado al mundo la expresión auto de fe, para señalar la pira de libros incendiada por el hermano inquisidor. El libro persiste, a pesar de su fragilidad: pero persiste también el hermano vándalo, el hermano fanático, el hermano inquisidor. Podría decirse que en España queda la última

reserva espiritual de quemadores de libros del mundo; hacemos bien en no destruirlo, encarcelarlo o perseguirlo de alguna de las habituales maneras que suelen dedicarse a otros individuos, porque entonces perderíamos una gran riqueza, un hecho diferencial. No seríamos tan diferentes. Pero sería interesante que la televisión añadiera a su «spot» del conejito bombero, «Cuando se quema un monte, algo suyo se quema», otro que dijera lo mismo, pero referido a los libros. Algo de todos —un patrimonio cultural, una información que necesitamos— se quema cada vez que se quema un libro.

El hermano vándalo, el hermano inquisidor, el hermano fanático anda suelto con su tea. Lleva tres mil, cuatro mil años corriendo como un loco incendiando papiros. Todavía no se ha enterado bien de que lo que está quemando no es más que papel (¡nada menos que papel!). Lo que el hermano dice en sus letrillas no arde. Está más allá del fuego, más allá del hermano bárbaro. Lo único que éste quema es su nombre, los restos de su vergüenza, las sombras de su propio honor.

HERMANO FRANCISCO

EL TRIBUNAL DE LAS AGUAS NO DESAPARECE

Saliendo al paso a una tendenciosa campaña orquestada desde el exterior por los tres o cuatro señores que se dedican a estas cosas para justificar el oro de Moscú que luego cambian en divisas convertibles, hemos de hacer constar de una vez y para siempre que no va a desaparecer el Tribunal de las Aguas, absorbido por el Tribunal Central de lo Hidráulico. El Tribunal de las Aguas seguirá cumpliendo con sus funciones, que como es sabido son muchas. Porque parece incluso que su jurisdicción se va a ampliar para los siguientes delitos, a saber:

— Servir como agua mineral, a cuarenta pesetas la botella, agua recién sacada del grifo municipal y cloroso.

— Hacer aguas menores (o mayores, según los casos) en los rincones oscuros y en las vallas de los solares sin edificar.

Y un montón de cosas más. Así que ya lo saben: «Parle vosté» y eso que le responde el otro tío gordo con la blusa negra que siempre sale en el No-Do cuando hay que tener contento a algún fuerza viva de Valencia, que como usted quizá no ignore es la tierra de las flores, de la luz y del amor.

— Darle un pellizco a una sueca dentro de la piscina de un hotel de cinco estrellas.

Mr. WELLINGTON
(en colaboración con M. DUPONT)

